hace á veces tonterías que su amo tiene bastante dificultad en corregir y reparar. Pero lo que precisa destruir ante todo es cierto falso gusto antiguo. Hay que desenmohecer de él á la literatura actual. Inútilmente la roe y la desluce. Habla con una generación joven, severa, poderosa, que no le comprende. La cola del siglo XVIII se arrastra todavía por el XIX; pero no somos, jóvenes que hemos visto á Bonaparte, quienes la llevaremos.

Estamos próximos, pues, al momento de ver prevalecer la nueva crítica, asentada también sobre una base ancha, sólida y profunda. No tardará en comprenderse generalmente que los escritores deben ser juzgados, no según las reglas y los géneros, cosas que están fuera de la naturaleza y fuera del arte, sino según los principios inmutables de ese arte y las leyes especiales de su organización personal. La razón de todos se avergonzará de esa crítica que apaleó en vida á Pedro Corneille, amordazó á Juan Racine, y que si rehabilitó risiblemente á John Milton, lo hizo en virtud del código épico del padre le Bossu. Se consentirá, para darse cuenta de una obra, en colocarse en el punto de vista del autor, en mirar el asunto con los ojos de aquél. Se abandonará, y esto es M. de Chateaubriand quien lo dice, *la crítica mezquina de los defectos por la grande y fecunda crítica de las bellezas*. Tiempo es ya de que todos los buenos espíritus se apoderen del hilo que une con frecuencia lo que, según nuestro capricho particular, llamamos *defecto* á lo que llamamos *belleza*. Los defectos, á lo menos lo que denominamos así, son á menudo la condición nativa, necesaria, fatal, de las cualidades.

Scit genius, natale comes qui temperat astrum.

¿Dónde habrá medalla que no tenga reverso? ¿Talento que no lleve su sombra con su luz, su humo con su llama? Tal mancha puede no ser otra cosa más que la consecuencia indivisible de tal belleza. Esta tecla, este toque, sin transición, que me chocan desde cerca, completa el efecto y da relieve al conjunto. Si borráis aquélla

también borraréis éste. La originalidad se compone de todo eso. El genio es necesariamente desigual. No hay altas montañas sin profundos precipicios. Terraplenad el valle con el monte, sólo tendréis una estepa, una landa, el llano *des Sablons* en vez de los Alpes, alondras y no águilas.

Debe también tenerse en cuenta el tiempo, el clima, las influencias locales. La Biblia, Homero, nos hieren á veces por sus mismas sublimidades. ¿Quién se atrevería á quitar de ellos una sola palabra? Nuestro estado enfermizo se espanta á menudo de los atrevimientos inspirados del genio, por no poder echarse sobre los asuntos con una inteligencia tan vasta. Y luego, lo diremos otra vez, hay *faltas* de esas que sólo se arraigan en las obras maestras; únicamente es dado á ciertos genios tener ciertas faltas. Se echa en cara á Shakespeare el abuso de la metafísica, el abuso de la agudeza, escenas parásitas, obscenidades, el empleo de vegestorios mitológicos de moda en su tiempo, extravagancia, obscuridad, mal gusto, hinchazón, asperezas de estilo. La encina, árbol que comparábamos hace poco á Shakespeare, y que tiene más de una analogía con él, la encina tiene el porte extraño, las ramas nudosas, el follaje sombrío, la corteza áspera y ruda; pero es la encina.

Y precisamente por eso es la encina. Si queréis un tronco liso, ramas rectas, hojas de raso, dirigíos al pálido abedul, al hueco saúco, al sauce; pero dejad en paz á la grande encina. No lancéis piedras á lo que os cobija con su sombra.

El autor de este libro conoce tanto como el que más las numerosas y groseras faltas de sus obras. Si se le ocurre tarde corregirlas, es que le repugna volver, después de hecha, sobre una obra enfriada ya. ¿Qué ha hecho, además, que merezca esa molestia? El trabajo que perdería borrando las imperfecciones de sus libros, prefiere emplearlo en despojar al espíritu de sus defectos. Su método consiste en corregir una obra sólo dentro de otra obra.

Por otra parte, de cualquier modo como traten á su

libro, se compromete aquí á no defenderlo ni en todo ni en parte. Si su drama es malo, ¿de qué serviría sostenerlo? Si es bueno, ¿para qué defenderlo? El tiempo hará justicia al libro ó le condenará. El buen éxito del momento es cosa que sólo interesa al librero. Si la cólera de la crítica despierta con la publicación de este ensayo, la dejará hacer. ¿Qué le contestaría? No es de los que hablan, como dice el poeta castellano, *por la boca de su herida.*

Dos palabras para concluir. Habrá podido observarse que en esta carrera un poco larga á través de tantas cuestiones diversas, el autor se ha abstenido generalmente de apoyar su opinión personal en textos, citas y autoridades. No que le hubiesen faltado por cierto.—«Si el poeta establece cosas imposibles según las reglas de su arte, comete una falta sin la menor duda; pero deja de ser falta, cuando por ese medio llega al fin que se ha propuesto; pues ha hallado lo que se buscaba.»—«Toman como galimatías todo cuanto la debilidad de sus luces no les permite comprender. Tratan especialmente como ridículos aquellos lugares maravillosos en los que el poeta, á fin de entrar mejor en la razón, sale, por decirlo así, de la razón misma. Este precepto, efectivamente, que da como regla el no seguir algunas veces á las reglas, es un misterio del arte muy difícil de hacer comprender á hombres que carecen de gusto... y á quienes una especie de rareza de ánimo hace insensibles á lo que hiere ó sorprende generalmente á los hombres.»—¿Quién dice eso? Aristóteles. ¿Quién dice esto? Boileau. Basta esta muestra para probar que el autor de este drama hubiera podido, como otro cualquiera, guarecerse tras la coraza de los nombres propios y refugiarse detrás de las nombradías. Pero ha preferido dejar esa manera de argumentar á aquellos que la consideran invencible, universal y soberana. En cuanto á él, estima en más las razones que las autoridades; y le agradaron siempre más las armas que los blasones.

Octubre de 1827.

CROMWELL